

Hombres, Ideas y Libros

Eugenio Labarca L.

Mujeres de Letras Argentinas

Alfonsina Storni.—Margarita Abella Caprile.—Susana Calandrelli.—Emilia Bertolé.



TRAVÉS de mis viajes a Buenos Aires he tenido oportunidad de conocer a algunas de las mujeres de letras más representativas de la República Argentina. Entre ellas, a Alfonsina Storni, a Margarita Abella Caprile, a Susana Calandrelli y a Emilia Bertolé.

Del arte poético de Alfonsina Storni, nada nuevo hay que decir. Todo el mundo conoce sus versos y se ha exaltado su talento hasta atribuírsele fuerza genial. Acerca de ella misma,—de su persona,—bien puede, sí, hacerse un comentario acaso novedoso. Por su propia cuenta, la Storni se ha proclamado vieja y fea. Y no, no es lo uno ni lo otro. Tiene silueta de mujer de veinte años y fisonomía de treintona, de mujer en segunda juventud en quien la vida ha dejado honda huella; arrugada y gestera como pocas personas he visto. Lleva echada hacia atrás y con toda coquetería, la cabellera blanca, que parece de seda, y acentúa bastante el rosa de las mejillas. (Sólo falta a Alfonsina un lunar en la comisura del labio para semejar dama Luis XV). Y agréguese a este conjunto, verdes pupilas felinas...

Al expresarse, acciona y ríe y hace reticencias tan maliciosas al hablar, como mujer de mundo un tanto o un mucho coqueta. Si no hubiera sido mujer, Alfonsina Storni seguramente hubiera sido gata... Sin embargo y a pesar de su excelente sistema de escabullirse, al correr de la charla fué dándome a conocer su modo de pensar y de sentir: es audaz y tímida a la vez; es rebelde y aplacada; insatisfecha de la vida, no sabe dar un paso en busca de la felicidad; enamorada por temperamento, desca que el amor no vuelva a enroscársele en el alma, pues sueña con un sentimiento absoluto, como no existe,—y en amor prefiere,—según expresa vibrante,—¡todo o nada!

Charlamos largas horas; pero solamente a propósito de cosas de su espíritu. No le pregunté, ni ella se adelantó a decírmelo, de quién era hija, de dónde

procedía, ni a dónde iba, como se dice vulgarmente. Se creerá que supe acerca de Alfonsina Storni bien poca cosa, entonces. Quien sabe. Yo estimo lo contrario. Pienso que cuando una mujer revela su genio en el modo de sentir, y de sufrir, y de amar, y de desgarrarse corazón adentro, no hace falta saber de ella más que éso: saber cómo juega íntimamente el milagroso mecanismo de su alma...

Margarita Abella Caprile es otra cosa que la Storni. Jovencita, muy hermosa, adelantada dos años en el uso de melena a la *garçonne*, de cierta serenidad estatuaria, parece que no sintiera cuanto dice. Y, en efecto, casi no ha cantado todavía al amor... Ella misma relata con naturalidad cómo forja sus estrofas diáfanas: en el entresueño... Se reconoce a sí propia facultades mediumnéticas y no quiere aceptar para ella sola el homenaje a su talento: cree que hay algo misterioso, relativa ayuda del *más allá*, en sus concepciones. Quizá. Es curioso, no obstante, constatar que Margarita puede contar con *sombras* protectoras, ya que arrastra herencia intelectual antigua, es biznetia de Mitre, y su cuna y su primavera se han mecido en ambiente refinado y espiritual; raza que acaso haya florecido definitivamente en ella. Perteneciente, en suma, a la aristocracia del Plata, su primer libro, «NIEVE», un primor de primer libro, circuló únicamente entre la llamada *gente bien*. Es decir, permaneció inédita Margarita hasta hace poco, hasta el momento en que ha publicado un segundo volumen: «PERFILES EN LA SOMBRA», que la crítica y el público han celebrado seriamente, prescindiendo de que es mujer la autora, y mujer bonita.

Otra poetisa *chic* de Buenos Aires es la joven Susana Calandrelli. Perteneció como Margarita a familia intelectual ilustre. Nieta de un sabio maestro italiano, contratado para venir a la República Argentina a echar luces, es hija de médico afamado y sobrina del doctor Alcides Calandrelli, Secretario que fué de la Delegación Argentina venida a la V Conferencia Internacional Americana, profesor universitario de renombre, internacionalista de fuste. En el hogar de Alcides Calandrelli,—llamado por los íntimos y sin asomo de ironía «Hotel de Rambouillet»,—conocí yo a Susana. Entre un grupo de muchachas despertaba atención a primera vista, no sólo por hermosa, que lo es, y mucho, sino y sobre todo, por la profundidad de sus enormes pupilas negrísimas de italiana o de andaluza; pupilas cargadas de misterio...

Susana Calandrelli ha publicado un volumen. En francés: «Carillons dans l'Ombre», se llama. Esto de publicar un libro en francés ha sido estimado aquí como *snobismo*. En Buenos Aires no es igual. Todo individuo culto de allá posee admirablemente varias lenguas extranjeras, y escribir en italiano, en francés o en inglés, da tanto como hacerlo en español: cualquiera entiende. Para prestigio del idioma, claro está que no es lo mismo, máxime en ocasión como esta en que se trata de una poetisa digna de ser peleada por nacionalidades diferentes. Pero digan cuanto digan los intransigentes, este libro tenía que ser escrito en francés. Hasta su título es intraducible. ¿Qué son, en efecto, las «carillons dans l'ombre»?... La autora lo expresa de modo delicioso:

«Ce sont les carillons de joie et de tristesse,
les tintements d'espoir, de doute et de tendresse,
de tout ce qui sanglote et chante dans la nuit...
De tout ce que les mots qui s'éloignent sans bruit
murmurent au hasard, comme des voix fantômes
qui montent quelquefois de leurs vagues royaumes...»

En seguida agrega Susana Calandrelli:

«Et je les aime trop, ces carillons amis
qui se plaignent tout bas, comme des cœurs soumis,
et qui m'ont retrouvée en la nuit solitaire
pour me dire des mots qu'on n'entend pas sur terre...»

Admirable manera de expresarse.

Tan joven como Margarita Abella y como Susana Calandrelli, es Emilia Bertolé. Y lo mismo de hermosa. A más de poetisa, Emilia es pintora de mérito, y de tendencias artísticas rebeldes. En el Salón Anual de 1922, la señora del Presidente Alvear adquirió una tela firmada por la niña provinciana, medio ignorada aún, y que sólo con éso—con que una gran dama fijara en ella sus ojos,—adquirió súbita nombradía. Más tarde ha alcanzado medallas como retralista y las más prestigiadas publicaciones la han albergado en sus columnas, mientras da a luz algún volumen. Descendiente de italianos, embriagadas las pupilas con el paisaje de Córdoba, sensibilizada el alma de Emilia por ideales y por afectos, escribe y pinta con colorido notable y con finura única. Adulada por la bohemia del Plata, se ha hecho reo sin querer, por cierto, de infinitos afectos que ella no ha compartido. Poco há, le ha sido dedicado íntegro un volumen de versos, por alguien que la ama castamente y que sueña con llevarla colgada de su brazo como «una canasta de flores—olorosas y aterciopeladas». Despierta, pues, esta autora, la admiración colectiva y admiración individual. A la inversa de tantos artistas que no merecen ser vistos de cerca, Emilia Bertolé, de cerca deslumbra.

EUGENIO LABARCA L.